

EL NEOLÍTICO DE LA REGION CANTÁBRICA. NUEVAS PERSPECTIVAS

por

Pablo Arias Cabal*

Resumen: El neolítico ha sido, tradicionalmente, uno de los períodos peor definidos de la prehistoria cantábrica. De hecho, se ha llegado a cuestionar su existencia en algunas comarcas. En esta comunicación se revisan críticamente las principales evidencias disponibles, con objeto de presentar una síntesis actualizada del neolítico regional. En ella se justifica la pertinencia de abordar el problema en el conjunto del Cantábrico, en lugar de hacerlo por regiones políticas, como ha sido hasta ahora habitual, y se discuten detalladamente cuestiones como los límites cronológicos del período, el ritual funerario y las estrategias económicas. Por último, se valora el significado del neolítico cantábrico en la evolución histórica regional.

Palabras-clave: Neolítico. Region Cantábrica. Paleoeconomía.

Resumo: O Neolítico tem sido um dos períodos mais mal conhecidos da pré-história cantábrica, tendo a sua própria existência chegado a ser posta em causa. Nesta comunicação revêem-se criticamente os dados à nossa disposição para o estudo do neolítico regional, justificando a pertinência de uma abordagem à escala da região cantábrica na sua globalidade, em vez de o fazer por regiões políticas, como tem sido hábito. São discutidas de forma detalhada questões como a dos limites cronológicos do período, a dos rituais funerários e a das estratégias económicas. Por último, avalia-se o significado do neolítico na evolução histórica regional.

Abstract: The Neolithic period has been very poorly defined in Cantabrian Prehistory literature. In fact, its very existence has been questioned. This paper intends to make a critical review of the main evidences for the regional Neolithic, in order to elaborate an up-to-date synthesis of it. The pertinence of studying that period in the Cantabrian region as a whole, instead of inside of modern political regions such as Asturias, Cantabria and the Basque Country (as it has been usual until some years ago) is justified. Topics such as the chronological limits of the period, the mortuary rituals, and the economic strategies are discussed. Finally, the significance of Cantabrian Neolithic in the regional historical evolution is evaluated.

1. INTRODUCCIÓN

El objeto de esta comunicación no es sólo resumir la información disponible acerca del neolítico cantábrico, para lo que se cuenta con trabajos más extensos

* Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Cantabria.

o generales (Arias, 1991, Cava 1988, 1990), sino también discutir diversas cuestiones sin resolver acerca del período. Llamaremos neolítico a la fase de la prehistoria regional en cuya economía se incluye la explotación de especies domésticas (vegetales o animales), pero en la que aún no se han alcanzado los niveles de intensificación económica, de complejidad social y de desarrollo tecnológico que van a caracterizar a períodos ulteriores (calcolítico y edad del bronce). Es, por tanto, una época definida principalmente por un nuevo modo de enfrentarse al problema de la subsistencia. No obstante, su relevancia histórica no se reduce a una forma de explotar los recursos naturales (ni a los avances tecnológicos, como la cerámica o el pulimento de la piedra, que frecuentemente la acompañan); el uso de las especies domésticas supuso la aparición de maneras de organizar socialmente el trabajo radicalmente distintas de las existentes entre los cazadores-recolectores, y dio paso a formas de estructuración social y política nuevas, así como a importantes modificaciones ideológicas.

No ha sido frecuente el estudio de lo que hoy llamamos neolítico cantábrico como un conjunto. Ello deriva principalmente de dos factores. En primer lugar, del predominio en la prehistoria regional, hasta no hace mucho tiempo, de cronologías cortas; como consecuencia de ellas, se consideraba que la mayor parte de los contextos antiguos con cerámica eran contemporáneos del calcolítico y la edad del bronce del resto de la Península (Apellániz, 1975: 54, 57), e incluso se llegaba a cuestionar la propia existencia del neolítico en alguna zona (Jordá, 1977: 175-177). El segundo factor ha sido la utilización como ámbito de análisis de las regiones políticas actuales (Asturias, Cantabria y País Vasco), que ha hecho que, a diferencia de lo que sucede con las investigaciones acerca del paleolítico, se disocie el estudio de sectores de la región cantábrica entre los que no hay grandes diferencias geográficas, y que, por el contrario, se estudien las manifestaciones neolíticas de Vizcaya y Guipúzcoa juntamente con las de comarcas como la Rioja alavesa y la Ribera de Navarra. Sin negar ni la existencia de relaciones entre el neolítico de un lado y otro de la Cordillera, ni la de diferencias internas al norte de ella, consideramos que la región cantábrica es una entidad geográfica lo suficientemente individualizada, tanto desde el punto de vista orográfico como desde el ecológico, como para desaconsejar sustituirla como unidad de análisis por entidades geográficas políticas de origen histórico, cuya relevancia para el estudio de períodos tan remotos como el neolítico parece dudosa¹.

¹ A este respecto, no creemos que sea casualidad que los límites entre los dos "grupos" (Santimamiñe y Los Husos) que distinguía hace algunos años J.M. Apellániz en la prehistoria reciente vasca coincidieran aproximadamente con la divisoria de aguas Cantábrico-valle del Ebro, y que el segundo de ellos se pareciera notablemente a contextos burgaleses (Apellániz, 1974: 391, 1975: 30). Con

2. EL MARCO CRONOLÓGICO

En la región cantábrica contamos, por el momento, con un número reducido de dataciones radiocarbónicas para contextos holocénicos, por lo que el esquema cronológico que se puede proponer es poco detallado, y no se puede prescindir totalmente de las siempre cuestionables correlaciones con regiones cercanas. No obstante, hemos dado siempre preferencia a los datos regionales y al ^{14}C sobre las comparaciones tipológicas².

El criterio fundamental para el establecimiento del límite inicial del neolítico es la documentación de pruebas de la explotación de especies domésticas. Desgraciadamente, en el Cantábrico, la escasez de informes arqueozoológicos y paleobotánicos detallados hace que, en algunos casos, sea imposible utilizarlo y haya que acudir a otro mucho menos satisfactorio: la presencia de cerámica. La validez de este criterio depende de la verificación de la hipótesis de que en la región ambas novedades son simultáneas, lo cual no se puede dar por supuesto³. No obstante, los datos disponibles parecen apoyar dicha hipótesis, pues, en las secuencias en las que se ha podido correlacionar la evolución industrial con la faunística (Atxeta, Marizulo, Arenaza), la aparición de la cerámica y de las especies domésticas es simultánea⁴. Por otro lado, la existencia durante períodos prolongados de grupos “paraneolíticos” es rara en la prehistoria europea, y los ejemplos existentes (la cultura de Ertebelle es el más conocido) se dan en contextos ecológicos y sociales muy particulares (Zvelebil y Rowley-Conwy, 1986). De hecho, en la península ibérica parece poder establecerse, en líneas generales, una simultaneidad entre la introducción de las especies domésticas y la de la cerámica. Es cierto que hay algunos casos de niveles con cerámica y con pocos o nulos indicios de especies domésticas (por ejemplo, el nivel I de Zatoya [Barandiarán y Cava, 1989] o el “geométrico tardío en proceso de

la información actual, ¿tiene sentido, por ejemplo, un concepto de “megalitismo vasco” que englobe conjuntos arqueológicos tan diferentes (y aparentemente contemporáneos) como Trikuaiziti II y San Martín, cuando el primero no es muy distinto del megalitismo cántabro o asturiano, y el segundo tiene referentes mucho más sólidos en monumentos de las provincias de La Rioja y Burgos que al otro lado de la Cordillera?

² Las fechas que se citan en el presente artículo han sido calibradas conforme a las curvas presentadas por G.W. Pearson, M. Stuiver y P.J. Reimer en el congreso de Trondheim (Stuiver y Kra, 1986) con la ayuda del programa CALI. Se expresan como intervalos máximos con un 95,4% de probabilidad (2 sigma).

³ No se puede descartar la existencia de contextos cazadores-recolectores con cerámica o “paraneolíticos”; la posibilidad de que exista un neolítico acerámico es muy remota en el Cantábrico.

⁴ Exceptuando el caso del perro, que en Arenaza y Marizulo es anterior. No obstante, la domesticación de este animal -documentado ya en contextos magdalenienses como Oberkassel, Kniegrotte y Teufelsbrücke, así como, posiblemente, también en Erralla (Altuna y Mariezkurrena, 1985: 110-111)-, tiene un carácter muy distinto a la de los artiodáctilos, pues el perro se integra perfectamente en una sistema económico cazador y recolector (recuérdese el ejemplo clásico de los aborígenes australianos).

neolitización” del Mediterráneo [Bernabeu, 1989]), pero apuntan más bien a la existencia de fases transicionales que a prolongadas etapas paraneolíticas. En el caso cantábrico, no es imposible la existencia de ese tipo de fases intermedias, pero es dudoso que el nivel de resolución de las observaciones estratigráficas permita detectarlas, por lo que lo más probable es que los contextos con cerámica correspondan ya a grupos que explotan, en mayor o menor medida, especies domésticas. Un problema de orden distinto es el de la validez del criterio en casos negativos. Teniendo en cuenta la pobreza industrial de los yacimientos cantábricos y la pequeña escala de algunas excavaciones, no es imposible que la ausencia de cerámica en algunos contextos se deba a problemas funcionales o de muestreo, con lo que nos arriesgaríamos a clasificar como epipaleolíticas muestras dejadas por grupos que conocían la cerámica y la domesticación⁵.

Como se puede ver en el cuadro 1 y la figura 2⁶, las dataciones más recientes de contextos epipaleolíticos y las más antiguas de neolíticos están bien separadas. Las fechas del epipaleolítico tienden a agruparse antes del 5000 cal. BC (6000 BP), mientras que el primer conjunto de dataciones neolíticas se escalona a lo largo del V milenio cal. BC (5900-5500 BP). A pesar de que los contextos de procedencia de varias dataciones plantean problemas⁷, parece que

⁵ Téngase en cuenta que, si aplicáramos tan estrictamente este criterio a los monumentos megalíticos como a los yacimientos en cueva, llegaríamos al absurdo de incluir en el epipaleolítico a la mayor parte de los megalitos cantábricos, en los que no es frecuente la aparición de cerámica.

⁶ La figura 2 representa gráficamente la dispersión de las fechas radiocarbónicas calibradas para cada período. Para ello, se han dividido los intervalos a los que corresponde cada fecha, con una desviación 2 sigma, en clases de 50 años, y se han acumulado las dataciones existentes para cada clase. Para evitar el problema de que las dataciones más imprecisas aparezcan sobrerrepresentadas, al puntuar en un mayor número de segmentos temporales que las más exactas, hemos arbitrado el siguiente procedimiento. Se han representado todas las dataciones como rectángulos de idéntica superficie, siendo su longitud la correspondiente a la amplitud temporal de la datación, y variando, por consiguiente, su anchura en función inversa de ésta. De esta manera, las fechas más imprecisas abarcan un intervalo largo, pero son muy estrechas, mientras que las más exactas son cortas, pero mucho más anchas. La solución propuesta por Gasco (1982) (utilizar bandas con perfiles simétricos decrecientes, en lugar de rectángulos) no es aplicable a las fechas calibradas con las curvas que utilizamos, pues el intervalo máximo al que corresponde la fecha no es un período homogéneo en torno a una fecha central, sino, en muchas ocasiones, el resultado de la combinación de diversos intervalos, en los que la intersección con la curva no está necesariamente en el centro.

Por otro lado, para evitar distorsiones excesivas en la representación, hemos excluido siete dataciones de contexto claramente no fiable, que tampoco se han tenido en cuenta en la discusión (aunque se incluyen en el catálogo del cuadro 1). Son la del nivel Ib de Urtao (I-14098) (que data un hogar sin industria ni fauna asociados), las fechas aberrantes de contextos megalíticos (contradictorias con otras más fiables, como la I-14781 de Larrarte, o procedentes de muestras probablemente contaminadas, como las de Piedrafita [Ly-2939, UGRA-191] y El Cantón [CSIC-329]), y las dataciones I-13507 e I-13440 de Iruaxpe, procedentes de revuelto.

⁷ Véanse nuestros comentarios acerca de los contextos de procedencia de las muestras datadas en Mouligna y Les Pedroses, y los problemas de interpretación del yacimiento de Herriko Barra (Arias 1991: 84, 86 y 243). Una cuestión de distinta índole lo plantea el solapamiento de la fecha del Tarrerón con algunas de contextos neolíticos. Aunque nada impide que la neolitización fuera

hay suficientes elementos de juicio para situar la neolitización de diversas zonas de la región en el límite entre los milenios VI y V cal. BC (ca. 6000 BP). Tal cronología parece coherente con la existencia en la región de indicios de un horizonte de cerámicas impresas no cardiales, el nivel IC2 de Arenaza (Apellániz y Altuna 1975)⁸.

La cuestión del otro límite del neolítico cantábrico es más complicada. La documentación arqueológica de las fases avanzadas de este período y del calcolítico es tan magra que no cabe utilizar otro criterio que la llegada de la metalurgia o el metal⁹. Afortunadamente, contamos con un par de fechas que datan en una cronología relativamente antigua la actividad metalúrgica y otros trabajos que implican una economía desarrollada y una considerable complejidad social: las de las Minas del Aramo (de Blas, 1992: 66). Dichas fechas, por otra parte, son coherentes con la cronología que se puede proponer para los primeros objetos metálicos documentados en otras partes del Cantábrico (Arias, 1993). Por consiguiente, parece existir un sólido *terminus ante quem* hacia el 2500 cal. BC (ca. 4000 BP) para la metalurgia regional. No es posible, por el momento, precisar mucho más, por la escasez de dataciones para esta época y su relativa imprecisión. No obstante, fechas como la de Pico Ramos sugieren que el inicio de la metalurgia regional puede localizarse en algún momento de la primera mitad del III milenio cal. BC (4300-4000 BP).

La duración del neolítico cantábrico (según lo expuesto, unos 2000-2500 años) parece excesiva para analizar adecuadamente los complejos procesos de cambio histórico que se produjeron a lo largo de ese tiempo. Por ello, parece conveniente establecer subdivisiones internas que nos permitan observar los detalles de la evolución. Desgraciadamente, el registro arqueológico es muy poco explícito, sobre todo por la escasez de buenas secuencias estratigráficas. De todas maneras, hay tres criterios, de relevancia histórica diversa, que permiten balizar esos dos milenios: dos de orden tipológico y de significado histórico dudoso (la evolución en las decoraciones de las cerámicas y la fabricación de las puntas de retoque plano), y otro, más trascendente, de orden arquitectónico

algo más tardía en alguna comarca que en el resto del Cantábrico, creemos que conviene ser cautos con la interpretación de este yacimiento, apoyada en una fecha aislada (con los conocidos riesgos que esto supone) y en una clasificación como epipaleolítico a partir de la ausencia de cerámica y domésticos en una muestra lo bastante exigua como para cuestionarse su representatividad.

⁸ Parece razonable también la atribución a ese nivel de un fragmento de cerámica cardinal aparecido en el revuelto, (Apellániz y Altuna, 1975: 181), máxime tras haberse documentado un contexto de neolítico cardinal en el yacimiento alavés de Peña Larga (Fernández Eraso, 1988).

⁹ No parece estar justificado el tradicional uso de las puntas de retoque plano como fósil-director del calcolítico. En el norte de la península ibérica es evidente su aparición en un momento avanzado de la prehistoria con cerámica, pero no parece que la adición de un tipo nuevo de punta de flecha sea un cambio tan importante como para definir un nuevo período, y no hay pruebas de la correlación entre la aparición de estas armas y otros cambios más relevantes, como la metalurgia.

y ritual (la aparición del megalitismo y la inhumación colectiva).

El mejor testimonio de la evolución de las cerámicas se encuentra en la secuencia de Arenaza, en la que el nivel de cerámicas impresas mencionado más arriba (IC2) es sustituido por otro de cerámicas lisas (IC1), muy similar a otros contextos regionales. Esto permite proponer la existencia, al menos en el occidente de Vizcaya, de una fase neolítica inicial, comparable al “epicardial” del Mediterráneo y el valle del Ebro (neolítico IA), seguida del inicio del neolítico pleno cantábrico (IB). No hay datos seguros para datar el paso de uno a otro horizonte, pero las altas fechas obtenidas por el segundo en diversas partes del Cantábrico sugieren que la sustitución se produjo muy pronto, probablemente en la primera mitad del V milenio cal. BC (no más tarde del 5700 BP).

No se observan nuevas modificaciones industriales hasta la aparición de las puntas de retoque plano, aunque la escasez de secuencias, y el espesor de los estratos distinguidos en muchas de ellas, hacen muy difícil seguir la evolución del utillaje. No obstante, hay una novedad de importancia capital, sin duda superior desde el punto de vista de su relevancia histórica a la que pudieran tener pequeñas modificaciones en la forma de las cerámicas o en la tipología lítica: el inicio de la construcción de monumentos megalíticos. Contamos con diversas dataciones absolutas que permiten localizar ese evento en torno al 4000 cal. BC (ca. 5300-5000 BP), cronología similar a la admitida para regiones próximas, en las que este fenómeno difícilmente se puede considerar posterior, como el norte de la Meseta y el Alto Ebro (Delibes *et alii*, 1987) o Galicia (Fábregas, 1988).

De lo expuesto hasta ahora se deduce nuestro desacuerdo con algunas propuestas que, manteniendo implícitamente la tradición de cronologías cortas y planteamientos difusionistas para la neolitización regional, defienden que este proceso se vincula a la llegada de los primeros “megalíticos” a la región (González Morales, 1992: 193). Según acabamos de ver, esa opinión es difícil de conciliar con las evidencias disponibles en la actualidad. Las dataciones radiocarbónicas (coherentes, por otro lado, con el resto de la información arqueológica) documentan un desfase de, al menos, 600 años de radiocarbono entre los primeros indicios del neolítico y los del megalitismo. Este foso temporal podría ser incluso mayor, pues parece difícil aceptar dataciones mucho más altas que las disponibles para el megalitismo, mientras que no sería insólita la existencia de contextos neolíticos algo más antiguos del 5900 BP en que se ha datado directamente la cerámica de Los Canes. Por consiguiente, parece que, salvo una revolución en nuestros conocimientos acerca de la cronología de los orígenes del megalitismo (que permitiera aceptar para el Cantábrico fechas análogas a las de los más antiguos monumentos bretones), está comprobada la existencia en la región de un largo

período neolítico anterior a la construcción de los primeros monumentos megalíticos¹⁰. Nótese la coherencia de este esquema con las secuencias de regiones vecinas¹¹, lo cual no es una prueba de su validez, pero sí un indicio significativo. Tan peligrosa es la aceptación acrítica de secuencias de otras zonas como la acentuación injustificada de supuestas particularidades regionales, de la que en la investigación del neolítico cantábrico tenemos una lamentable tradición.

La puntas de retoque plano invasor permiten individualizar un nuevo subperíodo, al que, aunque lo hemos venido llamando “neolítico final-calcolítico antiguo” por respetar la convención, habitual en la prehistoria ibérica, de atribuir estas piezas al calcolítico, probablemente sea más correcto denominar neolítico final (Arias, 1991: 354). La cronología del inicio de la fabricación de estos útiles en la región cantábrica no está suficientemente documentada. Las fechas existentes son muy escasas y en su mayoría presentan problemas, por proceder de contextos sepulcrales superficiales. La más significativa como orientación provisional para el inicio del neolítico final cantábrico podría ser la de la galería norte de Urtao, coherente con los datos del vecino alto valle del Ebro, donde esta novedad se documenta desde aproximadamente el 3000 cal. BC (ca. 4500 BP) (Arias, 1991: 252-253)¹².

¹⁰ No creemos justificadas ciertas objeciones que se han hecho a la validez de algunos de los datos argüidos aquí, como las reticencias con respecto a la validez de la secuencia de Arenaza expresadas por González Morales (1982:195). La información publicada por Apellániz y Altuna (1975) es sumaria, pero la estratigrafía de la parte superior del depósito está descrita minuciosamente, y no hay nada en las observaciones de estos investigadores (cuya solvencia científica está plenamente contrastada) que permita dudar de la sucesión de subniveles que proponen. Por otra parte, si se cuestionan los indicios de neolítico premegalítico por considerarlos insuficientes (criterio respetable, en la tradicional línea empirista de la arqueología española, pero que no compartimos), la consecuencia lógica sería el aplazamiento de la discusión acerca de un problema no suficientemente documentado, no la presunción de que está demostrada la contemporaneidad de la “llegada” del neolítico y del megalitismo, de la que, ni aun aceptando la fecha del Tarrerón, habría ninguna prueba. Si el problema está oscuro, sólo hay dos opciones, o esperar a más datos, o trabajar con la hipótesis más probable; con los conocimientos actuales, ésta es la existencia en el Cantábrico de un horizonte neolítico premegalítico.

¹¹ Véase, por ejemplo, Delibes, 1985: 25-28, para la Submeseta Septentrional, o Cava y Beguiristáin, 1991-92: 130-132 para el Pirineo Occidental y el Alto Ebro. En el caso del suroeste francés, la existencia de cerámicas cardiales y otras especies impresas en la zona costera, algunas de ellas datadas antes del 6300 BP (véase, por ejemplo, Roussot-Larroque, 1987 y Jousaume y Boiral, 1986), garantizan la existencia de un largo desarrollo del neolítico antes de los primeros monumentos megalíticos.

¹² La información obtenida en los últimos años en Alava es algo confusa a este respecto. Frente a fechas que confirman la cronología mencionada, como las del nivel II de La Renke Norte, anterior a la aparición de las puntas (I-14787: 4600 ± 100 BP [3631-2947 cal. BC]; I-14738: 4410 ± 100 BP [3370-2784 cal. BC]; I-14590: 4400 ± 90 BP [3350-2786 cal. BC]) (Ortiz *et alii*, 1990: 115), hay otras que datan puntas en torno al 4000 cal. BC (ca. 5000 BP) en la Rioja Alavesa; las más fiables parecen ser las de San Juan ante Portam Latinam, aparentemente un contexto cerrado (Vegas, 1992): I-?: 5070 ± 150 (4240-3530 cal. BC) e I-?: 5020 ± 140 BP (4221-3690 cal. BC).

Resumiendo los comentarios anteriores, creemos que se puede proponer la siguiente seriaci3n cronol3gica para el neol3tico cant3brico: comenzaría en la primera mitad del V milenio cal. BC (*ca.* 6000 BP) con la sucesi3n de un horizonte de cerámicas impresas (neol3tico IA) y una fase de cerámicas lisas (neol3tico IB); la construcci3n de los primeros monumentos megal3ticos hacia el 4000 cal. BC (5300-5000 BP) marcaría el comienzo del neol3tico II, y la aparici3n de las puntas de retoque plano invasor hacia el 3000 cal. BC (*ca.* 4500 BP) el del neol3tico final; en la primera mitad del III milenio cal. BC (antes de 4000 BP) se produce el tránsito al verdadero calcol3tico.

3. RASGOS INDUSTRIALES

Durante el neol3tico pleno (3 I y II), la industria lítica se caracteriza por el dominio de un utillaje retocado muy simple, similar en muchos rasgos al del epipaleol3tico regional: abundancia de raspadores, muescas, denticulados y piezas de retoque simple continuo; presencia generalizada de pequeños porcentajes de microlitos geométricos, fabricados con retoque abrupto o con doble bisel (fig. 3); ausencia o suma escasez de buriles y hojitas de dorso; índices laminares reducidos, predominando las lascas simples de sílex, generalmente con talones lisos. Las hachas pulimentadas son relativamente abundantes, sobre todo en los monumentos megal3ticos. El utillaje óseo es muy elemental; dominan los simples huesos aguzados, aunque no faltan tipos más formalizados, también de tradici3n epipaleol3tica, como los anzuelos o las azagayas. Tras las cerámicas de la fase IA, caracterizadas por la decoraci3n impresa, nos encontramos con especies lisas u ocasionalmente con decoraciones muy sencillas (plásticas, unguilaciones, motivos incisos sumarios); sus formas son también simples: cuencos, vasijas con perfiles ovoides o globulares, con o sin asa, con fondos planos o curvos, raramente con cuellos destacados; las pastas suelen ser groseras, con grandes desgrasantes y exteriores poco cuidados, aunque en ocasiones están alisados o bruñidos. Son abundantes, por último, los elementos de adorno (cuentas y colgantes en piedra, hueso o conchas), sobre todo en los yacimientos del País Vasco y en los contextos sepulcrales.

Las industrias del neol3tico final no han sido aún sistematizadas para toda la regi3n. No obstante, algunas monografías de yacimientos con contextos atribuibles parcialmente a este momento, como Santimamiñe (Cava, 1975), Atxuri (Arias, 1989), Sierra Plana de La Borbolla (Arias y Pérez, 1990b) o Los Carriles (Arias y Pérez, 1992) permiten apuntar algunas características, sobre todo para el utillaje lítico. Sin duda, la más significativa es la expansi3n del retoque plano, ya presente tímidamente en el período anterior, con el que ahora se

formalizan diversos tipos de puntas de flecha. Otras características destacables son: una más cuidadosa selección de las materias primas, que da lugar a la sustitución de rocas locales por otras más apropiadas para la talla, traídas en ocasiones de lugares alejados del yacimiento (Arias, 1990 y 1992a); el incremento del utillaje laminar, incluyendo largas hojas de sílex; y la aparición de elementos de hoz. No obstante, algunos rasgos presentes en el neolítico pleno se mantienen (frecuencia de raspadores, muescas y denticulados, aparición de microlitos geométricos y de hachas y azuelas pulimentadas) o se incrementan (rareza de buriles y de hojitas de dorso). Las industrias óseas y cerámicas se conocen muy mal, por lo que no es posible, por el momento, precisar sus diferencias con las de la etapa anterior.

A pesar de la existencia de suficientes rasgos comunes como para considerarlo una unidad, el neolítico pleno cantábrico presenta una apreciable variabilidad industrial. La mayor parte de las colecciones se puede agrupar en cuatro conjuntos. El primero lo constituyen los concheros con cerámica del oriente de Asturias (Mazaculos es el más importante), caracterizados por elevados índices de utillaje pesado y, en general, por el uso de técnicas de talla e instrumental lítico y óseo similares a los del asturiense. El segundo (fig. 3) estaría integrado por la mayor parte de los yacimientos en cueva del Cantábrico oriental (Santimamiñe, Kobaederra, Las Pajucas, Arenaza, con algunas diferencias Marizulo); lo definirían la presencia de microlitos geométricos, la abundancia de raspadores, muescas y denticulados, y la escasez o ausencia de hojitas de dorso y buriles. Por el contrario, las colecciones de Lumentxa y Atxeta, muy diferentes de las anteriores, presentan elevados índices de buriles (>20 %) y no han proporcionado microlitos geométricos. El cuarto conjunto lo constituyen los monumentos megalíticos, cuyos ajuares se caracterizan por una excelente calidad de la materia prima lítica, por elevados índices laminares (globalmente, más del 50 % de la industria lítica), y por la abundancia de los microlitos geométricos y del utillaje pulimentado. Parece difícil que exista una causa única para las diferencias entre estas agrupaciones. Las particularidades de la última podrían explicarse satisfactoriamente por causas funcionales, derivadas del carácter funerario-ritual de los contextos de procedencia. En el caso de las otras tres, parece razonable acudir a la existencia de diversas tradiciones culturales a lo largo de la región, habida cuenta de la clara vinculación de cada una de ellas con sendas facies epipaleolíticas en la misma comarca (asturiense, epipaleolítico tipo Santimamiñe y nivel C de Atxeta, respectivamente). Hemos de señalar que la lista de agrupaciones que hemos propuesto no se debe considerar cerrada. Nuestro conocimiento del neolítico cantábrico es aún muy fragmentario, y no se puede descartar que, sobre todo en zonas aún poco exploradas o pobremente sistematizadas, como Cantabria y el centro de Asturias, puedan definirse con-

juntos neolíticos distintos, de los cuales podría ser un ejemplo la muy particular colección de Les Pedroses, cueva situada al oeste del área clásica del asturiense, cuyas industrias parecen tener poca relación con éste y sus continuadores neolíticos.

La información disponible acerca del neolítico final es todavía demasiado imprecisa como para determinar si esas diferencias locales se prolongan hasta este período, aunque no parece demasiado probable. En las pocas colecciones estudiadas con técnicas modernas se observa, por una parte, cierta ruptura con la tradición industrial epipaleolítica-neolítica (Cava, 1975; Arias, 1991) y, por otra, la existencia de una mayor similitud entre las colecciones de unas partes y otras del Cantábrico, tanto en estructura industrial como en algunos útiles concretos. Por consiguiente, aunque no estamos aún en condiciones de hacer afirmaciones firmes al respecto, parece probable que esas facies desaparezcan, o al menos se desdibujen bastante.

Un último aspecto que queremos mencionar es la presencia creciente, a lo largo del neolítico, de indicios de contactos con otras regiones, muy limitadas en el epipaleolítico. Como ya hemos señalado en otro lugar (Arias, 1991), durante el neolítico pleno, además de novedades técnicas como el pulimento de hachas y azuelas de piedra o la fabricación de cerámica, que difícilmente se pueden haber generado independientemente en el Cantábrico, se documentan en la región industrias con buenos paralelos fuera de ella, particularmente en el valle del Ebro y las serranías mediterráneas¹³ (cerámicas impresas de Arenaza, retoque en doble bisel en los microlitos geométricos, hojas estranguladas), pero también en Galicia (hacha perforada del dolmen de Santa Cruz) e incluso al norte de los Pirineos (puntas de corte transversal de Beotegi, Kobaderra y Larrarte; puñal de estilo "campiñense" de Marizulo). Aunque la cuestión no se ha estudiado aún detenidamente, parece que en fases posteriores esas evidencias se multiplican. Todo ello sugiere que a lo largo del neolítico y los inicios de las edades de los metales se produce un incremento progresivo de la intensidad de los contactos e intercambios de las sociedades cantábricas entre sí y con grupos de fuera de la región, lo que podría relacionarse, además de con nuevas relaciones económicas (Arias, 1992b: 180), con una tendencia a la ruptura de la compartimentación cultural que caracterizaba al epipaleolítico.

¹³ De estos contactos ya parece haber indicios desde el epipaleolítico, según testifican tipos todavía presentes en el neolítico, como las hojas estranguladas (niveles IV Santimamiñe y IIC de Arenaza; Los Canes, Kobeaga II) o las piezas con retoque inverso profundo de yacimientos como Santimamiñe (niveles IV y III), Berroberría (nivel C), Kobaderra y Lumentxa. Todo ello podría dar testimonio de la existencia de redes de intercambios o alianzas a un lado y otro de la Cordillera, cuya posible relación con el conocimiento por parte de los cazadores y recolectores del Cantábrico de las novedades neolíticas ya hemos sugerido (Arias, 1991).

4. ECONOMÍA

Uno de los problemas que se plantea al estudiar el neolítico cantábrico es si en él se practicaba la agricultura. En la investigación regional ha sido habitual cierto escepticismo al respecto (Apellániz, 1974: 316, 1975: 31, 122), con la consiguiente reducción de las técnicas productivas del período a la ganadería. En ello han influido en mayor medida consideraciones acerca de las malas condiciones naturales para el cultivo de los cereales, acerca de la localización de los monumentos megalíticos en zonas de pastos (Barandiarán, 1953: 133-151), o incluso acerca de las prácticas económicas actuales (Jarman *et alii*, 1982: 233-236), que una investigación sería acerca del problema.

Esta última no era fácil de llevar a cabo. Las probabilidades de que con el tipo de trabajos arqueológicos desarrollados (excavación preferente de contextos funerarios; no aplicación de técnicas de recuperación de semillas) hubieran aparecido indicios de agricultura son casi nulas. No es necesario recordar, por otro lado, los problemas para documentar las plantas cultivadas en el registro polínico, agravados en el Cantábrico por el hecho de que las mejores secuencias procedan de turberas situadas a gran altitud, en cuyas cercanías es imposible la existencia de cultivos, y en las que no es probable que se haya notado la acción humana sobre la cubierta arbórea hasta fases avanzadas del desarrollo agrícola.

A pesar de todo, el registro arqueológico regional ha proporcionado una serie bastante aceptable de indicios de que la agricultura tenía una importancia superior a la que un análisis superficial pudiera concederle. El más directo es la documentación de la especie *Triticum aestivum/durum* en Trikuaitzi II (Mujika y Armendáriz 1991: 145-146), difícil de atribuir a una contaminación posterior a su utilización prehistórica. Más abundantes son las pruebas indirectas, como la aparición de elementos de hoz de sílex (formalizados o simples hojas sin retocar), algunos de ellos con “lustre de cereal” (fig. 4) (Arias y Pérez, 1990b), o la abundancia de molinos de mano. Es sabido que ambos géneros de piezas pueden haber sido empleados para el procesado de vegetales silvestres, pero esta objeción, pertinente en regiones como Palestina, donde la utilización de ese instrumental es previa al cultivo, es de dudosa aplicabilidad al Cantábrico, donde la coincidencia de la aparición de tales instrumentos con el neolítico parece un indicio razonable de su empleo para la actividad agrícola. Por último, recordemos que el desarrollo de investigaciones paleoeconómicas en otras regiones de la España atlántica ha permitido constatar la vinculación del neolítico a prácticas agrícolas (Bello, Criado y Vázquez Varela, 1982), incluso en fechas muy antiguas (Vázquez Varela, 1991). Como señalábamos al referirnos a la cronología, se puede seguir manteniendo una supuesta excepcionalidad del neolítico cantábrico, pero los indicios mencionados y la dificultad de que aflore este tipo

de información sugieren que la evolución económica del Cantábrico probablemente fuera análoga a la de las regiones de su entorno.

Durante el neolítico pleno cantábrico, la actividad ganadera parece haber tenido una importancia variable, con conjuntos en los que los índices de ungulados domésticos superan a los de los salvajes (Arenaza, Las Pajucas), y otros en los que son bastante escasos (Marizulo, Atxeta). Entre los animales domésticos dominan de forma generalizada los ovicaprinos, con presencia constante del toro, y más variable del cerdo y el perro (Arias, 1992b: 175-177).

Por lo que se refiere a la caza y la recolección, parecen mantenerse pautas de explotación similares a las del epipaleolítico, con dominio del ciervo, buena presencia de jabalí y de corzo, algo menor de especies rupícolas, frecuentes carnívoros pequeños o medianos, y aves. Se practica también la pesca en el mar. La intensa explotación de los moluscos marinos, propia del epipaleolítico, no sólo se mantiene, sino que, al menos en Asturias, parece ampliarse a zonas muy batidas por el oleaje, no explotadas anteriormente, según sugiere la aparición de moluscos como *Patella aspera*, *Patella ulyssiponensis* y *Pollicipes cornucopia*. Tampoco parece haber un cambio en las pautas de aprovechamiento de materias primas líticas, que, como en el epipaleolítico, son casi exclusivamente locales.

Un dato de capital importancia para valorar la economía del período es la espectacular expansión del área en la que existen evidencias de actividad humana, lo que muy probablemente refleje la puesta en explotación de amplias zonas -fundamentalmente altas y, en general, montañosas- apenas aprovechadas durante el epipaleolítico. En el neolítico se documenta la primera colonización de todo el territorio del Cantábrico.

En definitiva, el sistema económico del neolítico pleno cantábrico parece profundizar en la tendencia de los últimos cazadores-recolectores a la explotación de una gama muy amplia de recursos, a la que ahora se añaden, además de los cambios en la recolección comentados, la de las especies domésticas.

Para el neolítico final apenas contamos con información. No obstante, hay datos que apuntan a un cambio profundo, como la aparición de más claros indicios de actividad agrícola (piezas de hoz y molino, deforestación), y de otros que sugieren una disminución de la relevancia de las actividades predatorias (como la brusca desaparición de los concheros, que debe de producirse en algún momento del IV milenio cal. BC¹⁴). Esto sugiere una intensificación de las actividades productivas (al menos de la agrícola) a costa de las predatorias, y, en todo caso, una sustitución de la tendencia creciente hacia la diversificación iniciada en el paleolítico superior, por una nueva, orientada hacia la especialización

¹⁴ No tenemos bastantes datos, pero la fecha Gak-15221 (5050 ± 120 BP) del nivel A2 de Mazaculos, un contexto todavía rico en moluscos marinos, puede ser un *terminus post quem*.

en actividades más intensivas. De una manera indirecta, esta transformación se podría reflejar en los cambios en las fuentes de abastecimiento de materias primas líticas. La aparición de sílex de mejor calidad, en algunos casos probablemente traído de lugares distantes, trasluce el cambio de un sistema basado en la explotación de la máxima gama de recursos locales a otro que se apoya en un número menor de técnicas, más productivas, y que se complementa con la intensificación de los intercambios¹⁵. Otro aspecto que puede relacionarse con estos cambios es el incremento de las evidencias arqueológicas no funerarias al aire libre, todavía no muy abundantes en el neolítico pleno, en el que aún es predominante la ocupación de las cuevas¹⁶.

5. EL RITUAL FUNERARIO Y OTROS INDICIOS DE LA ESPIRITUALIDAD

Hasta el presente se han documentado en el neolítico cantábrico tres categorías de estructuras funerarias: sepulturas individuales en cueva, monumentos megalíticos y enterramientos colectivos en cueva. De la primera, los datos más elocuentes provienen del nivel I de Marizulo, donde se localizó una tumba (fig. 5), datada en 5285 ± 65 BP (GrN-5992), formada por tres bloques que protegían los restos de un individuo, a los que se asociaban sendos esqueletos de perro y cordero (Laborde *et alii*, 1967).

Los monumentos megalíticos son muy abundantes en la región, si bien su estado de conservación no suele ser demasiado bueno, y sólo un pequeño porcentaje ha sido excavado con técnicas modernas. Existen diversas síntesis del conjunto del fenómeno megalítico en sectores de la región (de Blas, 1983; Arias y Pérez, 1990a; Teira, 1993; Armendáriz, 1987), así como estudios de aspectos parciales (Cava, 1984). Los monumentos megalíticos cantábricos suelen ser construcciones de tamaño moderado o pequeño, con túmulos en forma de calota esférica, y estructuras centrales simples (cámaras poligonales o rectangulares), siendo muy raros los sepulcros de corredor. En algunas zonas proliferan las estructuras no ortostáticas, como hoyos excavados en el suelo fósil, bloques de piedra que no forman una cámara clásica, niveles de cenizas, etc. Los ajuares (más propiamente,

¹⁵ Véase a este respecto la interesante sistematización de Halstead y O'Shea (1989) acerca de las estrategias empleadas por los grupos humanos para enfrentarse a los riesgos de escasez.

¹⁶ No todos son necesariamente de lugares de habitación, pues en algunos casos parece tratarse de restos de actividades de otro tipo, como explotación de canteras de sílex o agricultura. En todo caso, téngase en cuenta que la dificultad de datar los yacimientos al aire libre, y los problemas de fiabilidad de las muestras que ocasiona la densa cubierta vegetal de la región, hacen que sea problemático establecer conclusiones fiables acerca de este tipo de cuestiones.

lo que queda de ellos) son pobres y simples; se componen fundamentalmente de instrumental lítico pulimentado (hachas y azuelas) o tallado (hojas de sílex, microlitos geométricos, puntas de retoque plano invasor, raspadores), colgantes en piedra o hueso, y cerámicas, normalmente lisas. La mala conservación de los monumentos ha hecho que no tengamos información significativa acerca de la posición de los cadáveres u otros aspectos relacionados con el ritual.

Los niveles en cueva con sepulturas colectivas se suelen atribuir genéricamente a las edades de los metales, pero, como ha señalado A. Armendáriz (1990: 155), este tipo de enterramiento se encuentra ya afianzado en el neolítico, al menos desde comienzos del V milenio BP. El carácter superficial y muchas veces removilizado de estos estratos impide también hacer grandes precisiones respecto al ritual. No obstante, se ha señalado que es frecuente la simple deposición de los cadáveres sobre el suelo de la cueva, en diversas posiciones. En alguna ocasión se ha aludido a la posibilidad de que en el País Vasco hubieran tenido lugar ritos de incineración o cremación, pero investigaciones recientes han permitido refutar esa hipótesis (Armendáriz, 1990: 157-158). Los ajuares suelen tan pobres como los de los monumentos megalíticos, o aun más, e incluyen normalmente cerámicas y colgantes, así como objetos líticos u óseos.

No estamos en condiciones de explicar satisfactoriamente la variabilidad descrita en los párrafos anteriores, pues el tema no ha sido objeto de investigaciones específicas, y el estado de conservación de los yacimientos las dificulta. La relativa similitud del enterramiento individual de Marizulo a las evidencias funerarias epipaleolíticas de la región (Los Azules, Molino de Gasparín, Los Canes) podría apuntar a una explicación cronológica para las diferencias entre la primera categoría y las otras dos. No obstante, la información disponible es insuficiente para decidirse respecto a la viabilidad de esta hipótesis¹⁷. La clave del problema es que no existe ningún contexto sepulcral bien datado entre las fechas del enterramiento más reciente de la cueva de Los Canes y el 5300 BP. No sabemos si durante esos 1000 años se siguió practicando únicamente la inhumación individual (de la que Marizulo representaría el epílogo) o ya coexistían distintos tipos de ritual; es improbable que entre ellos estuviera el megalítico, pero nada impide que la inhumación colectiva en cuevas se pudiera iniciar en algún momento del V milenio cal. BC. Confiemos en que futuras investigaciones contribuyan a aclarar este problema.

Lo que sí parece claro es la coexistencia entre las sepulturas megalíticas y los enterramientos (o deposiciones) colectivos en cuevas, a juzgar por los

¹⁷ La datación radiocarbónica existente ni la confirma ni la refuta, pues es contemporánea de los primeros monumentos megalíticos, con lo que tanto podría indicar la coexistencia de ambos tipos de ritual como el paso de uno a otro hacia el 5300-5200 BC, tal como parece suceder en Alava, según los datos de Fuente Hoz [Baldeón *et alii*, 1983]).

ajuares y, con más problemas, por las dataciones absolutas disponibles. ¿Significa esto un uso indiferenciado de espacios funerarios alternativos para el ritual de inhumación colectiva, un reflejo de diferencias sociales o culturales..? Por el momento no es posible dar una respuesta a tan interesante pregunta, pero esperamos que la intensificación de la investigación acerca de estas cuestiones que se está produciendo últimamente dé pronto frutos.

Una problema muy interesante en el estudio del neolítico cantábrico es el de las manifestaciones artísticas y, en general, gráficas. Dentro de este campo podemos distinguir tres aspectos desigualmente conocidos: el arte esquemático megalítico, el arte esquemático en cuevas y abrigos, y el arte mobiliario. El arte megalítico es escaso en la región, pero incluye, junto con manifestaciones menores, algunas de considerable interés (Abamia), e incluso una de primer orden, el dolmen de la capilla de Santa Cruz (de Blas 1979; Bueno y Balbín, 1992). Su atribución cronológica al neolítico pleno regional parece estar fuera de duda, y también su vinculación a manifestaciones similares de otras zonas de la Península, particularmente del cuadrante noroccidental. Por el contrario, las relaciones entre el arte rupestre esquemático no megalítico y el neolítico cantábrico no están suficientemente aclaradas. Existen evidencias de la datación de algunas estaciones en el calcolítico o los inicios de la edad del bronce (Peña Tu), pero no se puede descartar que este fenómeno -para el que los especialistas proponen en los últimos años cronologías muy antiguas- pueda ser parcialmente coetáneo del neolítico regional (Balbín, 1989). Por último, señalemos que diversos contextos del neolítico cantábrico, tanto en cueva (Mazaculos, Les Pedroses, Santimamiñe, Lumentxa) como en monumentos megalíticos (El Baradal) han proporcionado plaquetas y cantos con manchas de colorante rojo, normalmente irregulares, pero en ocasiones formando motivos geométricos simples (anillos, círculos) (Arias, 1991: 232-237). La analogía de estas piezas a otras documentadas en el epipaleolítico de Mazaculos permite establecer un vínculo cultural entre las comunidades de ambos períodos, de gran interés para comprender la neolitización de la región¹⁸. La cuestión del significado de todas estas manifestaciones artísticas es muy oscura por el momento. Parece razonable

¹⁸ Algunos datos conocidos recientemente han modificado algunos detalles con respecto a la publicación citada. El nivel A3 de Mazaculos, que había sido atribuido al neolítico por la presencia de 5 fragmentos de cerámica (hasta ahora no se ha publicado nada respecto a la macrofauna de este nivel), ha proporcionado una fecha de 7030 ± 120 (GaK-15222). Esto ha hecho que su excavador reconsidere la clasificación cultural del nivel, y atribuya la cerámica a una contaminación (González Morales, 1992: 189), nada rara si recordamos el carácter poco compacto y pedregoso de ese estrato. Por consiguiente, cinco de las siete piezas de arte mueble de Mazaculos atribuidas al neolítico se deben considerar asturianas (entre ellas las nº 2-4 de Arias 1991: lám. 6.5). Tales cambios no alteran nuestra argumentación, sino que la refuerzan, pues confirman el desarrollo de este tipo de piezas en el asturiano (de la que el único indicio era un ejemplar aislado y muy antiguo, del nivel

atribuirlas a actividades rituales y religiosas¹⁹, e incluso cabría precisar que funerarias en el caso del arte megalítico, pero no estamos en condiciones de profundizar más en este problema.

6. SOCIEDAD Y CAMBIO SOCIAL

Poco es lo que podemos decir, por el momento, acerca de la organización las sociedades que ocuparon la región cantábrica durante el neolítico. La información disponible al respecto es muy escasa y, por otra parte, no resulta procedente el fácil recurso a las clasificaciones neoevolucionistas de las sociedades preindustriales (al estilo de las de Service o Fried, por ejemplo). Ciertamente, el sistema económico descrito para el neolítico I y II no parece propicio para el desarrollo de una sociedad compleja. Los contextos funerarios parecen confirmar estas apreciaciones: aunque la mala conservación de las sepulturas impide precisar si el ritual funerario era idéntico para todos los individuos, la inexistencia de indicios interpretables como indicadores de estatus social diferente, y la propia práctica, al menos en el neolítico II, del enterramiento colectivo sugieren una sociedad de tipo igualitario.

No obstante, no podemos dejar de advertir la ambigüedad de los datos disponibles. En arqueología se pueden establecer criterios que permitan reconocer objetos o estructuras que impliquen diferencias sociales (por estar realizados en materiales raros o costosos, por exigir una fuerte inversión de trabajo para su construcción o transformación, etc.), pero demostrar el igualitarismo es más difícil. El hecho de que un objeto nos parezca a nosotros cotidiano, sin un valor especial, no excluye que pudiera tener un significado simbólico importante para la sociedad que lo fabricó o depositó (por la historia del objeto, por ejemplo), muy difícil de detectar con procedimientos arqueológicos. Por otra parte, la inferencia de que los sepulcros colectivos suponen igualitarismo social no es tan evidente como pueda parecer a primera vista. Al margen de que ha sido cuestionada para algunos casos concretos, como Los Millares (Chapman, 1991: 246-267), debemos plantearnos hasta qué punto el ritual funerario es un reflejo

inferior del conchero de Mazaculos); su presencia en el neolítico, por otro lado, está bien documentada en los niveles A2 y A2f de Mazaculos y en los demás contextos señalados. Es más, la mayor cercanía cronológica de las piezas de Mazaculos A3 a las neolíticas hace más verosímil que el paralelismo sea significativo, y no casual.

¹⁹ Sobre todo el arte rupestre; tendríamos más dudas respecto a las piezas mobiliarias, para las que, a la vista de su simplicidad y de su procedencia preferente de contextos de habitación, no se puede descartar una finalidad profana.

fiel de la realidad del mundo de los vivos²⁰. De todas maneras, aun teniendo en cuenta estas observaciones, la falta absoluta de indicios de diferencias de rango, y el escaso desarrollo tecno-económico de las sociedades del neolítico I y II cantábrico hacen poco verosímil que fueran de tipo jerarquizado.

Desde otro punto de vista, hay datos que parecen apuntar a la existencia de una fuerte agregación social. El considerable esfuerzo que implica la construcción de sepulturas colectivas (incluso las de moderado tamaño que predominan en la región) exige la colaboración de grupos extensos de personas en tareas de interés colectivo, destinadas, además, a una finalidad que, aparentemente, podría contribuir a la cohesión social (agrupación en la tumba de los antepasados y parientes de la comunidad [o las comunidades]; visibilidad y carácter destacado en el paisaje del monumento...)

El panorama parece cambiar a lo largo del V milenio BP, durante el neolítico final y el calcolítico. El escaso detalle del registro arqueológico impide precisar la relación entre unos fenómenos y otros, pero hay una serie de circunstancias que apuntan a una rápida evolución hacia la complejidad social, tanto en lo que se refiere a la diferenciación funcional de actividades, como a la jerarquización económica y política. Citemos entre ellas la intensificación de la agricultura y la brusca caída en la importancia de las técnicas predatorias, que sugieren la tendencia hacia una organización económica y social en la que la vinculación permanente de los productores a unos medios de producción localizados y estáticos sea cada vez más acusada, a una derivación hacia la verdadera "sociedad campesina" (Vicent, 1990: 275-276). También debemos mencionar el desarrollo de los intercambios y la aparición de objetos raros o valiosos (por ejemplo, las "hachas de combate" de Maraviu y Balenkaleku, o el anillo de oro de la Mata'l Casare). Ya en un momento avanzado, apuntan en esta dirección el abandono de los sepulcros megalíticos y el desarrollo de actividades especializadas, como la minería y la metalurgia.

A lo largo del neolítico cantábrico, por consiguiente, parecen detectarse importantes cambios sociales. Estos no se reducen a la introducción y desarrollo

²⁰ Una de las premisas de los planteamientos "procesualistas" para la reconstrucción de la organización social es, precisamente, la existencia de una relación directa entre la relevancia social de un individuo y el tratamiento funerario que recibe (Binford, 1972; más matizado en O'Shea 1984: 33-37). Este principio, que, en líneas generales, consideramos aceptable, no es aplicable necesariamente a todos los casos, en especial a los negativos. Es muy probable que un individuo enterrado individualmente en una estructura monumental, con objetos de gran valor, ocupara en vida una posición social importante; lo recíproco no es tan seguro, pues cabe preguntarse si la homogeneidad de tratamiento funerario no puede tener causas ideológicas, incluso de enmascaramiento deliberado de diferencias sociales (Shanks y Tilley, 1982). Véase un resumen crítico del problema en Whittle, 1988: 142. Se puede encontrar un planteamiento radicalmente escéptico respecto a la fiabilidad de este tipo de reconstrucciones, a partir de la constatación de una gran variabilidad en el registro etnográfico, en Ucko, 1969.

de dos nuevas técnicas de subsistencia -agricultura y ganadería-, sino que afectan a aspectos muy relevantes de la organización social, y, en general, del cambio histórico en su conjunto. Aunque la mayor parte de los detalles se nos escapan, podemos atisbar algo de esas transformaciones en la economía, la organización social y el mundo funerario. Transformaciones históricas que parecen iniciarse a un ritmo moderado (pero mucho más intenso que el que se observa en los grupos del epipaleolítico) hacia el 5000 cal. BC, y que van progresivamente acelerándose. Según señalábamos en otro lugar (Arias, 1991: 357), posiblemente sea ésta una de las consecuencias más destacadas de la neolitización de la región. La tímida introducción de especies cultivadas en el aparentemente bien adaptado modo de vida cazador-recolector viene seguida por una inestabilidad de los sistemas resultantes que provocará una cada vez más rápida transformación de los mismos, una especie de huida hacia adelante de sistemas cada vez más inestables y efímeros. Desde ese punto de vista, la introducción de las especies domésticas, sin ser la única causa de las transformaciones subsiguientes, actuaría como un acelerador, un fermento del cambio histórico.

7. CONCLUSIONES. PERSPECTIVAS

De la lectura de las páginas precedentes es fácil concluir que es mucho lo que queda por hacer en la investigación del neolítico cantábrico. No obstante, poco a poco, se va perfilando un conocimiento básico, todavía burdo, pobre en detalle, pero relativamente sólido, del período. Y ello no sólo por la simple inercia de los descubrimientos y del trabajo de campo, sino también por la evolución teórica que está experimentando nuestra disciplina en los últimos años, que permite extraer una imagen mucho más rica y profunda de los poco explícitos datos disponibles.

Esto no obstante, es necesario continuar desarrollando intensamente la aún insuficiente base empírica con que se cuenta. Es particularmente urgente la definición (y publicación) de series estratigráficas detalladas, y la aplicación de técnicas que permitan fundamentar una reconstrucción paleoeconómica más refinada (carpología, fitolitos...). Por otra parte, hemos de reconocer que el panorama presentado en estas páginas se apoya fundamentalmente en dos sectores de la región con una importante tradición investigadora en contextos holocénicos (el oriente de Asturias y el País Vasco), y que es imprescindible completarlo y matizarlo con información procedente de zonas hasta ahora poco o nada estudiadas (Cantabria, centro de Asturias en lo que se refiere a contextos no megalíticos).

No menos importante es continuar con la renovación teórica mencionada más arriba. En particular queremos llamar la atención sobre la necesidad de

hacer compatible el rigor en el análisis de la información con su utilización para una reconstrucción histórica, en el más rico sentido del término. Aunque no siempre es fácil hacer historia a partir de la arqueología, hemos de huir de los falsamente objetivos planteamientos “arqueográficos” que tanto han esterilizado nuestra tradición investigadora durante muchos años.

Creemos que las perspectivas para el estudio del neolítico cantábrico son optimistas. Las tendencias de los últimos años, si circunstancias imprevistas no las truncan, permiten esperar considerables avances en el conocimiento de las primeras sociedades de agricultores-ganaderos de la región, no sólo por los nuevos datos que se vayan obteniendo, sino por una cada vez más refinada y profunda interpretación del conjunto de la documentación existente.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALTUNA, J. Y K. MARIEZKURRENA (1985): “Bases de subsistencia de los pobladores de Erralla: macromamíferos”, en J. Altuna, A. Baldeón y K. Mariezkurrena (eds.), *Cazadores magdalenienses en la cueva de Erralla (Cestona, País Vasco)*, San Sebastián, Sociedad de Ciencias Aranzadi (*Munibe, Antropología y Arqueología* 37): 87-117.
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J.M. (1974): *El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco*, Vitoria, Diputación Foral de Alava (*Estudios de Arqueología Alavesa* 7).
- (1975): *El grupo de Santimamiñe durante la prehistoria con cerámica*, San Sebastián, Sociedad de Ciencias Aranzadi (*Munibe* XXVII, 1-2).
- APELLÁNIZ CASTROVIEJO, J.M. Y J. ALTUNA ECHAVE (1975): “Memoria de la II campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdames, Vizcaya)”, *Noticiero Arqueológico Hispánico, Prehistoria* 4: 155-181.
- ARIAS CABAL, P. (1989): “Las industrias de los estratos postpaleolíticos de la cueva de Atxuri (Mañaria, Vizcaya)”, *Veleia* 6: 49-83.
- (1990): “Utilisation différentielle des variétés de silex au chalcolithique dans les Asturies orientales (Espagne)”, *Le silex de sa genèse à l'outil*, tomo II, Paris, C.N.R.S. (*Cahiers du Quaternaire* 17): 449-452.
- (1991): *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria-Asamblea Regional de Cantabria.
- (1992a): “Estrategias de aprovechamiento de las materias primas líticas en la costa oriental de Asturias (VIII-III milenios a.C.)”, en R. Mora, X. Terradas, A. Parpal y C. Plana (eds.), *Tecnología y cadenas operativas líticas*, Bellaterra, Departament d'Història de les Societats Pre-capitalistes i d'Antropologia Social de la Universitat Autònoma de Barcelona (*Treballs d'Arqueologia* 1): 37-55.
- (1992b): “Estrategias económicas de las poblaciones del epipaleolítico avanzado y el neolítico en la región cantábrica”, en J.A. Moure Romanillo (ed.), *Elefantes, ciervos y ovcaprinos. Economía y aprovechamiento del medio en la prehistoria de España y Portugal*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria:

- 163-184.
- (1993): "El hacha plana de Pendes (Cillorigo-Castro) y los inicios de la metalurgia en el occidente de Cantabria", *Homenaje a Joaquín González Echegaray*, Santander, Centro de Investigación y Museo de Altamira (*Monografías* 17).
- Arias Cabal, P. y C. Pérez Suárez
- (1990a): "El fenómeno megalítico en la Asturias oriental", *Gallaecia* 12: 91-110.
- (1990b): "Investigaciones prehistóricas en la Sierra Plana de La Borbolla (1979-1986)", *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*, Oviedo, Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias: 143-151.
- (1992): "Los yacimientos al aire libre del Llano de Los Carriles en el concejo de Llanes (Asturias)", *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos* 140: 513-558.
- ARMENDÁRIZ, A. (1987): "Problemas sobre el origen del megalitismo en el País Vasco", en *El megalitismo en la península ibérica*, Madrid, Ministerio de Cultura: 143-148.
- (1990): "Las cuevas sepulcrales en el País Vasco", *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42: 153-160.
- BALBÍN BEHRMANN, R. DE (1989): "El arte megalítico y esquemático del Cantábrico", en *Cien años después de Sautuola*, Santander, Diputación Regional de Cantabria: 15-96.
- BALDEÓN, A., E. GARCÍA, L. ORTIZ Y P. LOBO (1983): "Excavaciones en el yacimiento de Fuente Hoz. (Anúcita, Alava). Informe preliminar. I campaña de excavaciones", *Estudios de Arqueología Alavesa* 11: 7-67.
- BARANDIARÁN MAESTU, I. Y A. CAVA ALMUZARA (1989): *El yacimiento prehistórico de Zatoya (Navarra). Evolución ambiental y cultural a fines del tardiglaciario y en la primera mitad del holoceno*, Pamplona, Institución Príncipe de Viana (*Trabajos de Arqueología Navarra* 8).
- BARANDIARÁN, J.M. DE (1953): *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires, Ekin. Citamos paginación de la 2ª ed. (San Sebastián, Ediciones Vascas, 1979).
- BELLO DIÉGUEZ, J.M., F. CRIADO BOADO Y J.M. VÁZQUEZ VARELA (1982): "Aproximación a un modelo económico-social del megalitismo del noroeste peninsular", *Brigantium* 3: 33-39.
- BERNABEU AUBAN, J. (1989): *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la península ibérica*, Valencia, Diputación Provincial de Valencia (SIP, *Trabajos varios* 86).
- BINFORD, L.R. (1972): "Mortuary practices: their study and their potential", en *An archaeological perspective*, New York, Seminar Press: 208-243.
- BLAS CORTINA, M.A. DE (1979): "La decoración parietal del dolmen de la Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias)", *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 98: 717-757.
- (1983): *La prehistoria reciente en Asturias*, Oviedo, Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias.
- (1992): "Minas prehistóricas del Aramo (Riosa). Campaña arqueológica de 1987", *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-90*, Oviedo, Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias: 59-68.
- BUENO RAMÍREZ, P. Y R. DE BALBÍN BEHRMANN (1992): "L'art mégalithique dans la péninsule ibérique. Une vue d'ensemble", *L'Anthropologie* 96: 499-572.
- CAVA ALMUZARA, A. (1975): "La industria lítica de los niveles postazilienses de

- Santimamiñe”, *Sautuola* I: 53-73.
- (1984): “La industria lítica en los dólmenes del País Vasco meridional”, *Veleia* 1: 51-145.
- (1988): “El neolítico en el País Vasco peninsular”, *II Congreso Mundial Vasco. Congreso de Historia de Euskal Herria*, San Sebastián, Txertoa, tomo I: 81-99.
- (1990): “El neolítico en el País Vasco”, *Munibe (Antropología-Arkeología)* 42: 97-106.
- CAVA ALMUZARA, A. Y M.A. BEGURISTÁIN GURPIDE (1991-92) “El yacimiento prehistórico del abrigo de la Peña (Marañón, Navarra)”, *Trabajos de Arqueología Navarra* 10: 69-135.
- CHAPMAN, R. (1991): *La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*, Barcelona, Crítica.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1985): “El neolítico. Los comienzos de la agricultura y la ganadería en la Meseta”, en G. Delibes et alii, *Historia de Castilla y León, I. La Prehistoria del valle del Duero*, Valladolid, Ambito: 22-35.
- DELIBES DE CASTRO, G., M. ALONSO DÍEZ Y M.A. ROJO GUERRA (1987): “Los sepulcros colectivos del Duero medio y Las Loras y su conexión con el foco dolménico riojano”, en *El megalitismo en la península ibérica*, Madrid, Ministerio de Cultura: 181-197.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. (1988): “Cronología y periodización del megalitismo en Galicia y norte de Portugal”, *Espacio, Tiempo y Forma, serie I, prehistoria* I: 279-291.
- FERNÁNDEZ ERASO, J. (1988): “Cerámica cardial en la Rioja Alavesa”, *Veleia* 5: 97-105.
- GASCO, J. (1982): “Histogrammes et dates radiocarbones”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 82/4: 108-111.
- GONZÁLEZ MORALES, M.R. (1992): “Mesolíticos y megalíticos: la evidencia arqueológica de los cambios en las formas productivas en el paso al megalitismo en la costa cantábrica”, en J.A. Moure Romanillo (ed.), *Elefantes, ciervos y ovicaprinos. Economía y aprovechamiento del medio en la prehistoria de España y Portugal*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria: 185-202.
- HALSTEAD, P. Y J. O’ SHEA (1989): “Introduction: cultural responses to risk and uncertainty”, en Halstead y O’Shea (eds.), *Bad year economics. Cultural responses to risk and uncertainty*, Cambridge, Cambridge University Press: 1-7.
- JARMAN, M.R., G.N. BAILEY Y H.N. JARMAN (1982): *Early european agriculture. Its foundations and development*. Cambridge, Cambridge University Press.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1977): *Historia de Asturias, tomo I, Prehistoria*, Salinas, Ayalga.
- JOUSSAUME, R. Y M. BOIRAL (1986): “Sites préhistoriques submergés à La Tranche-sur-Mer (Vendée)”, *Bulletin de la Société Préhistorique Française* 83: 423-435.
- LABORDE, M., J.M. DE BARANDIARÁN, T. DE ATAURI Y J. ALTUNA (1967): “Excavaciones en Marizulo (Urnieta). (Campañas de 1965 y 1967)”, *Munibe* XIX: 261-270.
- MUJICA, J.A. Y A. ARMENDÁRIZ (1991): “Excavaciones en la estación megalítica de Murumendi (Beasain, Gipuzkoa)”, *Munibe, Antropología-Arkeología* 43: 105-165.
- ORTIZ, L., J.J. VIVANCO, A. FERREIRA, P. LOBO, M.D. MUÑOZ, R. PINILLOS, J.M. TARRIÑO Y A. TARRIÑO (1990): *El hábitat en la prehistoria en el valle del río Rojo (Alava)*, San Sebastián, Eusko Ikaskuntza (Cuadernos de Sección. Prehistoria-Arqueología 3).
- O’ SHEA, J.M. (1984): *Mortuary variability. An archaeological investigation*, Orlando,

Academic Press.

- ROUSSOT-LARROQUE, J. (1987): "Les deux visages du néolithique ancien d'Aquitaine", en J. Guilaine, J.L. Roudil, y J.L. Vernet (eds.), *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*, Paris, CNRS: 681-691.
- SHANKS, M. Y C. TILLEY (1982): "Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices", en I. Hodder (ed.), *Symbolic and structural archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press: 129-154.
- STUIVER, M. Y R.S. KRA (EDS.) (1986): *Proceedings of the Twelfth International Radiocarbon Conference-Trondheim, Norway*, New Haven, Yale University (*Radiocarbon* 28, 2B).
- TEIRA MAYOLINI, L.C. (1993): *El megalitismo en Cantabria*. Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria.
- UCKO, P.J. (1969): "Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains", *World Archaeology* I: 262-280.
- VÁZQUEZ VARELA, J.M. (1991): "El neolítico", en *Galicia. Historia, tomo I, prehistoria e historia antigua*, La Coruña, Hércules: 117-121.
- VEGAS ARAMBURU, J.I. (1992): "El enterramiento de San Juan ante Portam Latinam", *Arkeoikuska* 91: 27-39.
- VICENT GARCÍA, J.M. (1990): "El neolític: transformacions socials i econòmiques", en J. Anfruns y E. Llobet (eds.), *El canvi cultural a la prehistòria*, Barcelona, Columna: 241-293.
- WHITTLE, A. (1988): *Problems in Neolithic archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press.
- ZVELEBIL, M. Y P. ROWLEY-CONWY (1986): "Foragers and farmers in atlantic Europe", en M. Zvelebil (ed.), *Hunters in transition. Mesolithic societies of temperate Eurasia and their transition to farming*, Cambridge, Cambridge University Press: 67-93.

Quadro 1

Fechas radiocarbónicas publicadas para el epipaleolítico postaziliense,
el neolítico y el calcolítico de la región cantábrica

Yacimiento	Niv	Materia Muestra	Referencia Laboratorio	Anos ± BP	Calibración Pearson & al. (años cal.BC)	
					Intervalos máximos	
					1 sigma	2 sigma
Epipaleolítico						
Mazaculos	3.3	carbón	GaK-6884	9290 ± 440		
Penical	conch.	carbón	GaK-2906	8650 ± 180		
La Riera	B	carbón	GaK-2909	8650 ± 300		
S. Plana C	1C	carbón	UGRA-209	7550 ± 190	-6560 -6170	-6810 -5994
Mazaculos	1.1	carbón	GaK-8162	7280 ± 220	-6390 -5960	-6560 -5658
Coberizas	1B	carbón	GaK-2907	7100 ± 170	-6100 -5750	-6371 -5630
Mazaculos	A3	?	GaK-15222	7030 ± 120	-6071 -5740	-6110 -5640
Los Canes	K	huesos	AA-6071	6930 ± 95	-5958 -5650	-6031 -5630
Los Canes	D	huesos	AA-5295	6860 ± 65	-5767 -5641	-5953 -5585
Los Canes	D	huesos	AA-5296	6770 ± 65	-5720 -5575	-5750 -5500
Bricia	A	carbón	GaK-2908	6800 ± 160	-5820 -5540	-5990 -5410
La Riera	29	carbón	GaK-3046	6500 ± 200	-5621 -5240	-5740 -5004
Los Canes	F	huesos	AA-5294	6265 ± 75	-5318 -5207	-5370 -5004
Tarrerón	III	carbón	I-4030	5780 ± 120	-4790 -4500	-4938 -4360
Neolítico pleno (contextos no megalíticos)						
Urtao	Ib	carbón	I-14098	6220 ± 120	-5315 -5007	-5452 -4858
Los Canes	C	carbón	AA-5788	5865 ± 70	-4891 -4688	-4935 -4580
Her. Barra	C	mat. veg.	I-?	5810 ± 170	-4899 -4470	-5201 -4340
Pedroses	conch.	carbón	GaK-2547	5760 ± 180	-4892 -4400	-5193 -4245
Moulligna	sup.	turba	Ly-882	5760 ± 150	-4790 -4460	-4994 -4340
Arenillas		carbón	GrN-?	5580 ± 80	-4506 -4352	-4662 -4250
Moulligna	base	turba	Ly-883	5550 ± 150	-4573 -4245	-4770 -4040
Marizulo	I	huesos	GrN-5992	5285 ± 65	-4234 -4002	-4333 -3980
Mazaculos	A2	?	GaK-15221	5050 ± 120	-3990 -3703	-4218 -3548
Arenaza	I	?	I-8630	4965 ± 195	-3990 -3530	-4230 -3350
Lloseta	conch.	carbón	GaK-2551	4460 ± 660	-3970 -2209	-4711 -1420
Pajucas	II	huesos	I-3153	3710 ± 130	-2320 -1940	-2480 -1750

Quadro 1 (Continuação)

Yacimiento	Niv	Materia Muestra	Referencia Laboratorio	Anos ± BP	Calibracion Pearson & al. (años cal.BC) Intervalos máximos	
					1 sigma	2 sigma
Monumentos megalíticos						
Larrarte		carbón	I-14781	5810 ± 290	-5053 -4360	-5330 -4005
Trikuaiziti	I	carbón	I-14099	5300 ± 140	-4340 -3990	-4457 -3790
Peña Oviedo	I	?	?	5195 ± 25	-4034 -3990	-4040 -3976
La Llaguna	D	carbón	GaK-16647	5135 ± 40	-3993 -3824	-4034 -3816
La Llaguna	D	carbón	GaK-16648	5110 ± 60	-3992 -3816	-4036 -3780
Larrarte		carbón	I-14919	5070 ± 140	-4032 -3703	-4233 -3539
Piedrafita	V	?	Ly-2939	3160 ± 130	-1599 -1310	-1740 -1090
El Cantón	I	carbón	CSIC-329	2690 ± 50	-902 -809	-930 -800
Piedrafita	V	?	UGRA-191	2160 ± 110	-380 -90	-410 +70
Neolítico final						
Iruaxpe I	I	huesos	I-13507	5440 ± 110	-4370 -4159	-4510 -4002
Iruaxpe I	I	huesos	I-13440	5390 ± 110	-4350 -4044	-4460 -3990
Urtao II	gal. N	huesos	I-14822	4610 ± 120	-3596 -3107	-3650 -2927
Iruaxpe I	I	huesos	I-14097	4130 ± 110	-2890 -2506	-3013 -2460
Calcolítico						
Urtao II	I	huesos	I-14821	4490 ± 170	-3493 -2920	-3640 -2699
Pico Ramos	III	huesos	?	4210 ± 110	-2919 -2619	-3091 -2494
Anton Koba	IV		I-14905	4200 ± 130	-2920 -2590	-3255 -2470
Minas del Aramo		asta	Ox A-1833	4090 ± 70	-2870 -2506	-2889 -2470
Minas del Aramo		asta	Ox A-1926	3810 ± 70	-2453 -2142	-2470 -2039
Anton Koba	IV		?	3800 ± 100	-2460 -2047	-2564 -1960

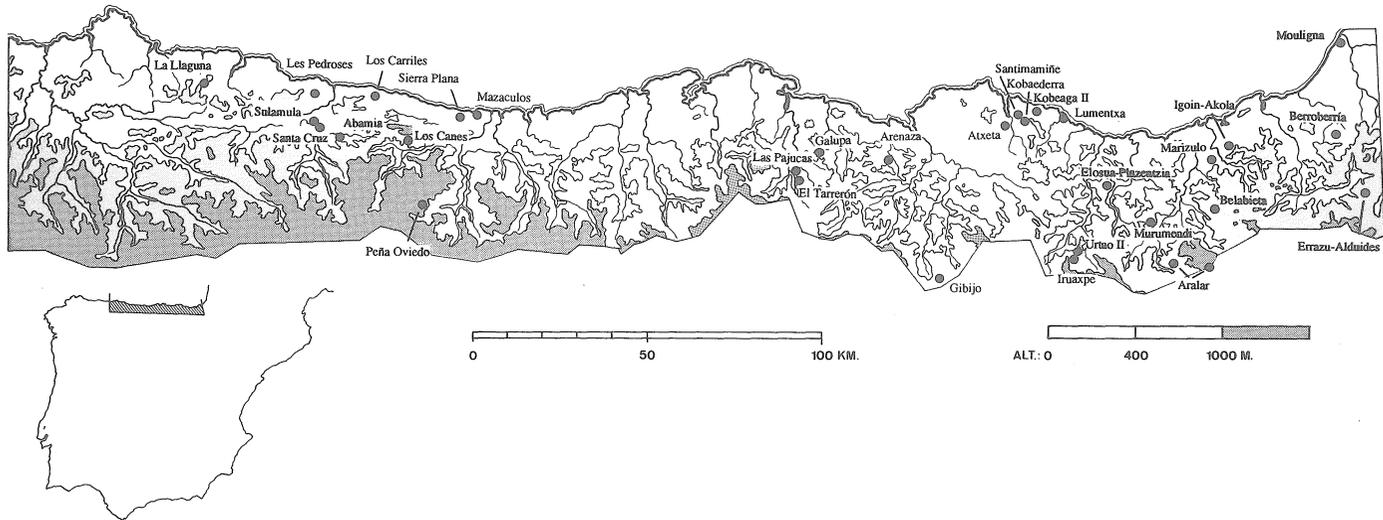


Fig. 1 — Principales yacimientos del Neolítico pleno y final de la región cantábrica.

Est. II

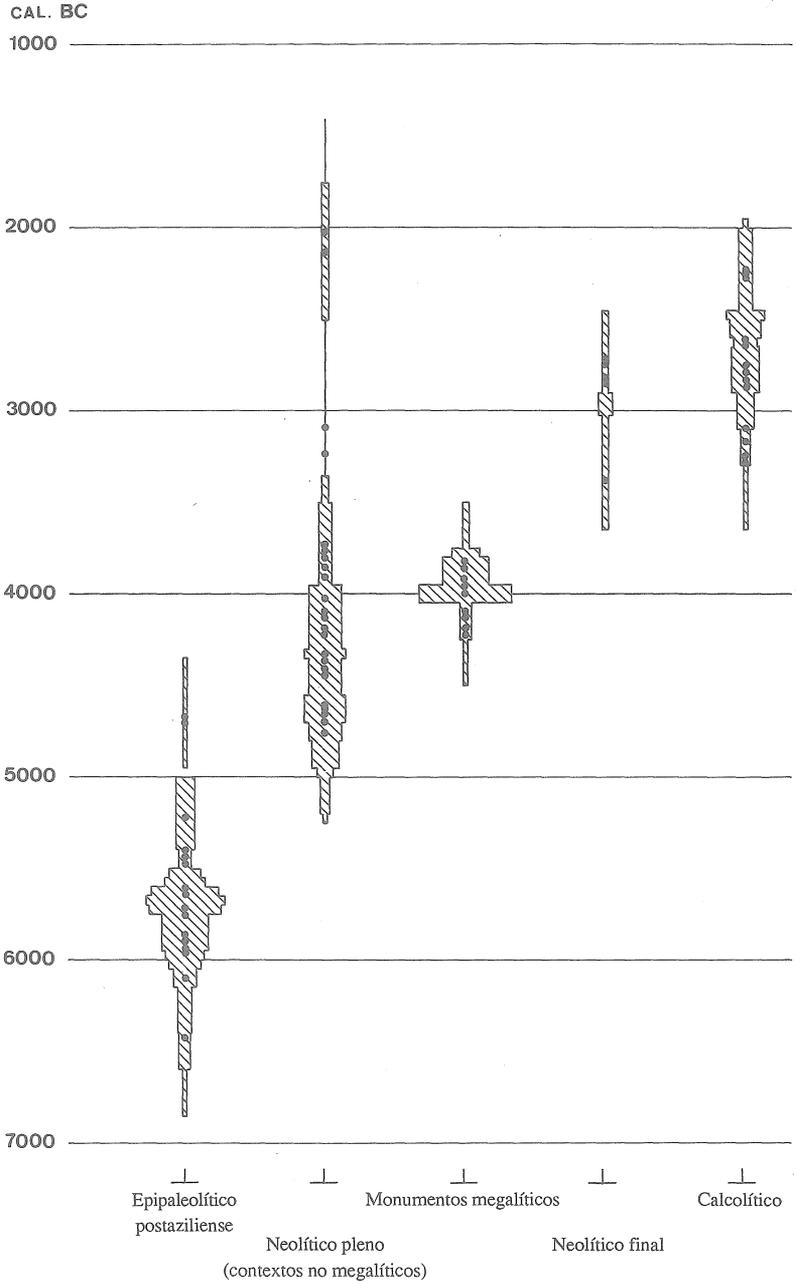


Fig. 2 — Husos cronológicos e intersecciones con la curva de calibración para las dataciones radiocarbónicas del Epipaleolítico postaziliense, el Neolítico y el Calcolítico de la región cantábrica.

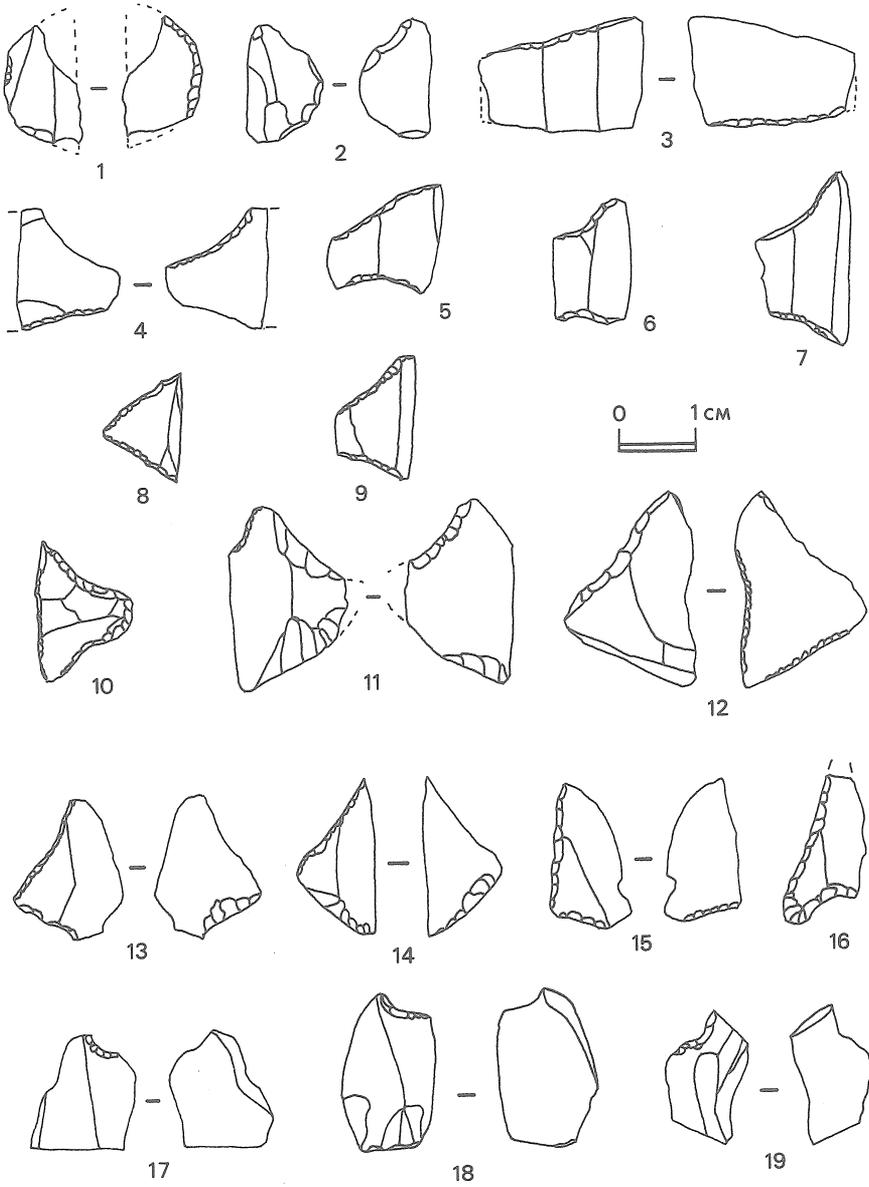


Fig. 3 — Microlitos geométricos y microburiles del nivel III de la cueva de Santimamiñe (Vizcaya).

Est. IV

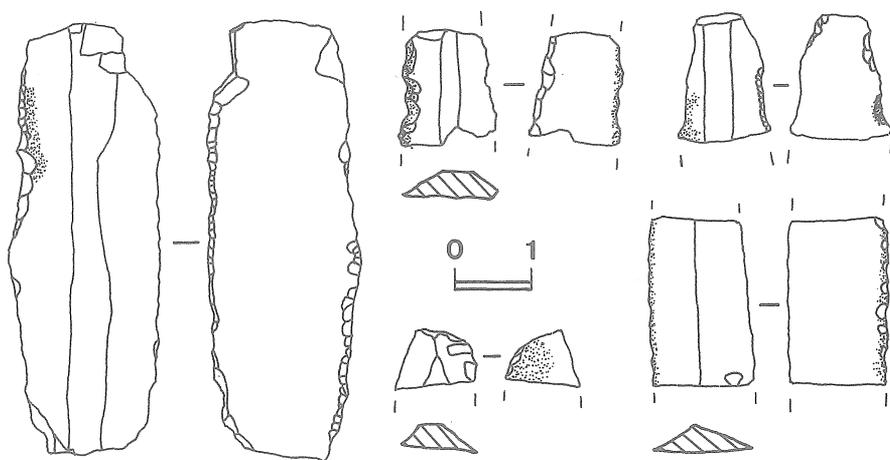


Fig. 4 — Piezas con “lustre de cereal” de la Sierra Plana de La Borbolla (Asturias).

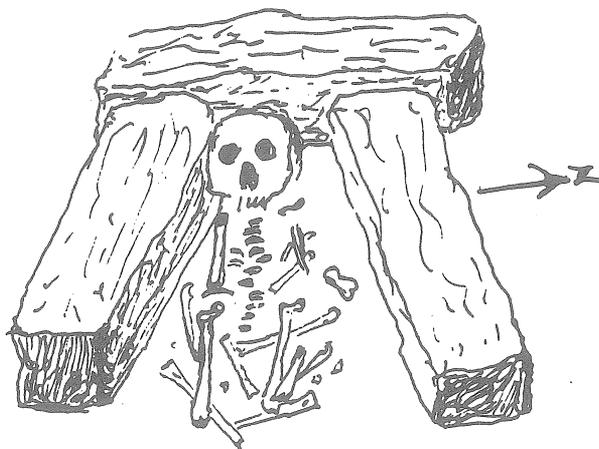


Fig. 5 — Esquema del enterramiento individual del nivel I de Marizulo (Guipúzcoa), según Laborde *et alii*, 1967.